

Presentación

Como nuestros lectores ya saben, lo que nos mueve como Sociedad Boliviana de Estudios Clásicos es el deseo de contribuir a la *descifrabilidad* de nuestra comunidad, de nuestro entorno. Sabemos que es un empeño que compartimos con estudiosos de muchas áreas: los historiadores permiten entender procesos que se verifican en diversos segmentos de nuestro pasado, remoto y reciente; los sociólogos permiten conocer aspectos del entramado actual de relaciones (y a menudo tensiones) que se dan en la convivencia social; los antropólogos aportan datos y análisis imprescindibles para hacerse cargo de cosmovisiones y conductas de muy diversos sectores de la población, de hoy y de ayer. Todas las disciplinas contribuyen con luces, y no es necesario hacer aquí un recuento de todas ellas. Menos aun cuando, junto con tantos otros investigadores, nos felicitamos cuando asoma la transdisciplinariedad. Sin embargo, quisiéramos exponer brevemente nuestro aporte específico desde los estudios clásicos.

Como primera aproximación puede valer la pena recordar que América (y Bolivia dentro de ella) se compone de dos grandes grupos de realidades humanas, dos grupos que a menudo se enriquecen con el diálogo. Por un lado, están aquellas realidades que constituyen lo exclusivo de cada región geográfica (los Andes, los valles, la selva, la costa...); en este sentido, buena parte de la peculiaridad de Bolivia emerge de las culturas indígenas. Por otro lado, están aquellas realidades compartidas con tantas comunidades humanas del mundo (del presente y del pasado); realidades que, en su mayoría, se originaron en Grecia y Roma. Sobra decir que ambos grupos requieren atención y estudio si lo que se pretende es alcanzar una comprensión adecuada de la totalidad, de lo que nos constituye, y conocer a la vez el resultado de su mutua comunicación.

Pues bien, el ámbito de interés de los estudios clásicos es la reflexión, el estudio y el intercambio académico en torno a las manifestaciones del ingenio humano que tuvieron lugar en Grecia y Roma, y a cómo éstas constituyeron

una fuente de inspiración a lo largo de los siglos, hasta la actualidad. Es así que concebimos los estudios clásicos¹ como un conjunto no acotado de campos de conocimiento y de prácticas de investigación desde diversas disciplinas humanísticas y de ciencias sociales, enfocado en las lenguas y culturas griega y latina, así como en los resultados posteriores de sus creaciones en diálogo con las sociedades en contacto (sin límite temporal o espacial). Tales campos y prácticas constituyen un medio para ampliar el repertorio de experiencias y reflexiones literarias, históricas, políticas, etc. (sin restringirse a la denominada «alta cultura», pues es bien sabido que mucho de la cultura de la Antigüedad siguió transmitiéndose a través de las tradiciones populares y que también las nuevas tecnologías y sus aplicaciones –incluso las más populares– se siguen inspirando frecuentemente en dichas creaciones). Suponen, por una parte, la superación de una patología extendida, la del mero presentismo cultural, siempre muy limitado de miras, y por otra, la crítica y la problematización de las categorías establecidas en cada época (también en la actual), desde una pluralidad de enfoques disciplinarios.

Puesto que podría darse que entre las demás sociedades de estudios clásicos este concepto sea compartido (ya sea de manera equivalente o aproximada), nos parece pertinente hacer explícitos los intereses propios de la Sociedad Boliviana de Estudios Clásicos y mostrar de qué modo específico entendemos la concreción de los estudios clásicos «en» (o, tal vez mejor, «desde») Bolivia. Esto puede quedar de manifiesto al exponer los tres focos de interés que motivan el desarrollo, desde hace más de veinte años, de nuestras actividades y publicaciones.

- a. *Las realidades que, siendo nuestras, nos vinculan con la Antigüedad griega y romana.* Si deseamos interpretarlas con alguna garantía de éxito resultará indispensable echar mano de los estudios clásicos. Una enumeración somera llenaría muchas páginas, dado que constituyen gran parte de nuestro diario vivir. Basta pensar en el ámbito de las leyes, de la justicia, de la política, del comercio, del pensamiento y discusión científica, de las comunicaciones, del deporte, de los espectáculos, de las expresiones y hábitos artísticos, literarios, musicales, etc., tanto

1 Agradecemos a Raquel Miranda (Universidad Nacional de La Pampa, Argentina) la autorización para utilizar algunas de las ideas y expresiones vertidas en un lúcido artículo de su autoría, titulado «Estudios clásicos y estudios culturales: investigación, problemas y perspectivas» (disponible en http://www.scielo.org.ar/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1851-17242006000100014).

del presente como del pasado. Si las observamos a la luz de su origen «clásico» es muy probable que las entendamos mejor.

- b. *Los hechos, objetos y expresiones que tuvieron lugar en las antiguas Grecia y Roma.* El legado grecorromano es de tal amplitud y calidad que ha incidido decisivamente en el modo de ser del mundo tal como lo conocemos hoy. Ignorarlo sería condenarse a caminar con los ojos cerrados. Su conocimiento permite iluminar mejor lo anteriormente expuesto como primer «foco de interés». Nótese aquí que dicho foco ocupa el primer lugar porque, al menos en Bolivia, no nos mueve principalmente un afán de tipo *arqueológico*, sino una necesidad vital. Nos interesan Grecia y Roma porque constituyen parte de nuestro vivir actual.
- c. *Los hitos reconocibles en el camino que va desde Grecia y Roma hasta nosotros.* Estos permiten arrojar más luces sobre nuestra realidad. A partir del siglo XVI, entra también todo aquello que se generó y se modificó gracias a la sinergia con las culturas americanas y otras (africanas, asiáticas) que formaron parte del nuevo sistema de comunicación (acudimos al concepto de Niklas Luhmann). Por ejemplo: hoy la filosofía política y el derecho internacional no existirían o no serían los mismos si no fuera por el pensamiento desarrollado en la escuela de Salamanca en el siglo XVI, de inspiración clásica. De la metalurgia a la medicina, desde las artes plásticas hasta la religiosidad podemos constatar lo mismo.

La amplitud temática y cronológica que suponen nuestros tres focos de interés suele estar presente en los volúmenes de *Classica boliviana*, aunque no todos resultan siempre visibles debido al limitado número de artículos. En lo que respecta al presente número, el décimo, se abre con la sección *Filología clásica*, que cuenta con la contribución de Elbia Haydée Difabio, quien, a partir del estudio léxico, semántico, pragmático y estilístico, facilita el acercamiento a los epigramas de Nónide de Locris conservados en el libro sexto de la *Antología palatina*, que son de carácter anatemático (ligados a ofrendas votivas). Es de lamentar que de la gran poeta se conserven tan pocas composiciones (once o doce). Sin embargo, son suficientes para captar su extraordinaria maestría en el manejo del lenguaje y de todos los recursos del ingenio para una creación que descolló, fuera de otros aspectos, por el arte alusivo y la exquisitez formal con la que transmite sus sentimientos y los de

quienes formaron parte de su entorno. Difabio recuerda también el aprecio de que gozó Nósíde, atestiguado por autores dos siglos (por lo menos) posteriores a la vida de la poeta: Meleagro de Gádara y Antípatro de Tesalónica (siglo I a. C.), entre otros. Es llamativo el absoluto protagonismo de la mujer en sus composiciones (el primer epigrama es la única excepción), lo que puede ser visto a la luz de algunos factores favorables, como es el lugar destacado que ellas ocuparon en la sociedad locria.

La siguiente sección, *Filosofía y pensamiento*, se abre (en orden cronológico) con el trabajo de Juan Ignacio Riveros sobre conocimiento y deseo en la *Apología* y el *Simposio* de Platón. El autor interviene en la discusión que intenta establecer las ventajas de dos posibles formas de aproximación al pensamiento del filósofo: o bien la consideración de cada diálogo por separado, dado que constituye como una unidad *dramática* con mensaje propio, o bien la comparación que permite iluminar el pensamiento de unos con otros. Se inclina por la segunda opción, cuyas ventajas muestra a lo largo de su trabajo.

A continuación, Blanca Quiñónez presenta puntos comunes y de divergencia entre el epicureísmo, la primera «filosofía misionera» y el cristianismo, la primera «religión misionera» (De Witt), tal como se presenta este último en las obras del ateniense Clemente de Alejandría, uno de los Padres de la Iglesia del siglo II. La autora recuerda que tanto Epicuro como Clemente se preocupan por ofrecer al hombre un «arte de vivir» (Hadot), una sabiduría práctica que se construye atendiendo a las circunstancias vitales, para alcanzar, incluso en esta vida presente, la «incorruptibilidad» propia del ser divino. Alcanzar la libertad es lo que hace posible la autarquía, que asemeja al hombre a la divinidad, y ello pasa por eliminar las ataduras a todo lo que pueda dañar el alma por medio de la pasión. La filosofía de Epicuro es, en este sentido, terapéutica, como lo es el cristianismo, que también es concebido como un vivir filosófico. Quiñónez muestra también las notorias diferencias entre ambos sistemas, algunas de ellas acentuadas erróneamente por las deformaciones con que fue entendido el pensamiento del filósofo de Samos, ya desde el siglo I a. C.

El siguiente trabajo, de Jorge Velarde Rosso, es una reflexión, a partir del pensamiento de Joseph Ratzinger, primero en torno a la helenización del cristianismo, proceso que por lo visto encontró el terreno preparado desde antes, con la traducción de la *Biblia* al griego, en Alejandría (a partir del

siglo II a. C.). En tal sentido, el autor indica que una condición previa de tal proceso fue precisamente la opción de los traductores del pasaje teofánico de Éxodo 3 14 («yo soy *el que es*»), en el que no se declara un nombre, sino un concepto, y precisamente uno muy próximo a nociones filosóficas (alcanzadas por pensadores que buscaban el fundamento último del mundo). Ya en ámbito cristiano, la formulación inicial del prólogo del Evangelio de Juan («En el principio era el *λόγος*») marca la opción en favor de la desmitologización del mundo y de la misma religión, y postula la comprensibilidad de un universo creado por una *razón* que dialoga con el hombre. En contraste (y aquí entra el segundo eje del trabajo), el abandono de esta apuesta, que designa como «des-helenización», es identificada por el autor en tres tiempos, a partir de varios escritos del pensador alemán. El primero habría venido como consecuencia de la Reforma, en la que la búsqueda de regreso a las Escrituras en exclusividad (*sola Scriptura*), no parece haberse dado sin el sacrificio de la razón, al menos en lo que concierne al conocimiento filosófico de Dios tal como fue planteado por los pensadores cristianos de los primeros siglos. El segundo paso, en el siglo XIX, habría consistido en la reducción del ámbito de lo racional a lo mensurable y experimentable, y el tercero estaría dándose actualmente con corrientes en las que se generan dudas sobre la racionalidad humana misma.

Cierra la sección filosófica el trabajo de Gonzalo Tinajeros Arce, quien aborda los agudos análisis de la *Antígona* sofoclea llevados a cabo por Hegel (dicho sea de paso, es una gran satisfacción publicar un estudio sobre Hegel precisamente al cumplirse 250 años de su nacimiento). Hasta ahora la interpretación hegeliana (de la *Antígona*) considerada «canónica» partía de las *Lecciones de Estética*. Dicha interpretación ofrece, desde un formalismo racionalista (de sistematización de las expresiones artísticas), una perspectiva teleológica del conflicto trágico. En cambio ahora, Tinajeros propone una interpretación radicalmente distinta, emanada de la *Fenomenología del Espíritu*, en la que el filósofo repara en la colisión de dos «autoconciencias», Antígona y Creonte. Creonte asume la posición de defensa del orden social y político, el interés del Estado como «substancia ética», y Antígona asume la de otra substancia ética, también objetiva, la familia. Sin embargo, Hegel advierte que tanto uno como el otro de los héroes en conflicto tienen a la vista no una sola sino ambas «substancias éticas». Creonte no se mueve solamente por razón de Estado o por defender la ley positiva sin más pues, oponiéndose a que su hijo Hemón se una en matrimonio con una descendiente de Lábdaco, proyecta una dinastía

propia. Por su parte, Antígona no es una simple particular, sino que es una mujer política. En relación con el conflicto central, Antígona representa la autoconciencia que experimenta un reconocimiento de los deberes que ha de asumir, a lo largo de un darse cuenta progresivo, mientras se entrega a la búsqueda racional de la respuesta a la pregunta sobre el origen y la justificación de las costumbres éticas presentes en la comunidad humana. Lo que Hegel llama una «sana razón de la conciencia ética». La colisión se produce entre una autoconciencia ética ‘subjetiva’ atenta a los mandatos y leyes divinas, en el ámbito de la substancialidad singular, frente a una autoconciencia ética ‘objetiva’ atenta al valor de la substancialidad universal del Estado, que no está dispuesto a admitir singularidades.

La tercera sección, *Materia clásica*, contiene dos trabajos. En el primero, Juan Pablo Vargas Rollano hace una revisión de distintas formas de presencia de textos y materia clásicos en las *Sagradas poesías* que Luis de Ribera y Colindres escribió en Potosí a principios del siglo XVII. De una parte, rastrea las distintas formas en que se hacen presentes los cuatro elementos, en sus respectivos *centros* (o «domicilios») y con sus habitantes (por ejemplo en el aire están los vientos-dioses bajo la dirección de Eolo), así como las esferas de los cielos que alojan a los dioses catasterizados. Estos últimos son ocasión de diversas exploraciones poéticas en las que los motivos arrancan de los diversos *sentidos* que se atribuyeron en la Edad Media a los relatos mitológicos clásicos. El universo, concebido como un conjunto de esferas concéntricas, es el grandioso escenario en el que ocurre (por ejemplo) la triunfante ascensión de Cristo hasta el empíreo, aclamado por los astros-dioses. El autor muestra este funcional decorado también en otras piezas literarias charqueñas, que obviamente participaban del mismo *humus* en el que se nutrieron los autores medievales, junto con los renacentistas y barrocos de ambos lados del océano. La alegoría permitió incluso que los olímpicos pasaran a designar a Dios o a personajes del Evangelio. En segundo lugar ofrece un análisis de las inscripciones y figuras mitológicas y alegóricas que se encuentran en el arco triunfal grabado en esa pieza emblemática que es la portada de la primera edición de la obra de Ribera. Para ello se apoya en los estudios ya realizados por Colombí y por Barrera sobre el mismo material, a lo que añade la vinculación de tales elementos con pasajes (tanto en verso como en prosa) de la obra, así como la relación que guardan unas figuras del arco con otras. Por último aborda las traducciones de Ribera. Este es un aspecto en el que Juan Gil, atento solamente a los pasajes de poetas latinos, abrió

la brecha al señalar traducciones riberianas de versos de Virgilio y Horacio (incorporadas a sus propios poemas, sin más). A ellas añade Vargas otras, no solamente de estos poetas, sino también de Platón (seguramente leído en las versiones latinas realizadas por Marsilio Ficino, difundidas en Charcas), así como una de la *Biblia* que, en un juego sinérgico, Ribera supo yuxtaponer sabiamente a la de un pasaje virgiliano.

En la misma sección, Margarita Vila Da Vila se ocupa de la presencia de Horacio en tres óleos que se conservan en el Museo Charcas de la ciudad de Sucre, datables a principios del siglo XVIII. Presencia mediada por la obra *Quinti Horatii Flacci emblemata* del holandés Otto Vaenius (van Veen), publicada en 1607. La autora permite comprender el contexto político europeo en el que se publica el volumen del afamado emblematista (quien fuera maestro de Rubens). Muestra asimismo la gran difusión de su obra, a partir de la versión políglota de 1612, en la que las glosas en castellano («en hondos y sonoros versos») que acompañan las estampas corrieron a cargo del humanista Diego de Barreda, obispo de Amberes, gran partidario de la tolerancia. Esta versión tuvo amplio éxito editorial a lo largo de los siglos XVII y XVIII. Los óleos de Charcas se inspiran en la edición bruselense de 1672, en la que la traducción de los epigramas al castellano se debe (con casi total seguridad) a la pluma de Antonio Brum, o bien (con más probabilidad, incluso) la de 1701, realizada en Amberes con el título de *Teatro moral de la vida humana*, con los mismos epigramas castellanos. Los tres óleos reproducen cinco estampas que «ponderan la gloria de la virtud, advierten contra la soberbia al gobernar y celebran la tranquilidad del sabio», en un programa pictórico y textual fiel al espíritu neoestoico de origen, y reproducen los versos atribuidos a Brum. Vale la pena recordar que Horacio es uno de los poetas latinos que aparecen con frecuencia en nuestras letras, como es esperable. Entre nuestros autores del siglo XVII los hay que amaron sus creaciones y su personalidad, es el caso por ejemplo de un Antonio de la Calancha o de un Manuel de Peñalosa y Mansilla. Este interés (como bien advierte la autora del trabajo) sigue vivo en nuestro siglo XXI, con la versión castellana de las *Odas* llevada a cabo por Alberto Bailey Gutiérrez. No podía ocurrir de otro modo. Lo que es nuevo es la constatación de estas expresiones neoestoicas, inspiradas en Horacio y otros autores clásicos, en óleos charqueños. La autora considera probable que fueran encargados para un salón de la Universidad o de un órgano de la real audiencia. En cualquier caso, es un ejemplo más en el que consta el impacto de un pensamiento político que admite la posibilidad del carácter tiránico de

un rey o la arbitrariedad de quienes detentan el poder. Tales expresiones serían difícilmente toleradas más avanzado el siglo XVIII.

La última sección viene dedicada a la historia del desarrollo de los estudios clásicos. En ella Grégory Reimond muestra la apasionante trayectoria de Pierre Paris, uno de los pioneros que iniciaron la profesionalización de la Arqueología y de la Historia del Arte en Francia, proceso que tuvo lugar en el último cuarto del siglo XIX. Si bien el estímulo para tal proceso vino de Alemania, la universidad francesa no se limitó a copiar el modelo, sino que supo adaptarlo a sus propias necesidades, tanto sociales como académicas. Pierre Paris pertenece a la primera generación de colegiales que, fuera de una rigurosa formación clásica, que obviamente requería el dominio del latín y del griego, recibió la enseñanza del inglés y el alemán, lo cual incluía viajes a estos países. La reciente confrontación franco-prusiana había dado paso a cierta admiración por los logros de Alemania (a pesar de la esperable aversión en muchos ánimos), precisamente en las áreas de interés de Pierre Paris. La formación que éste recibió estuvo marcada por el modelo alemán de las ciencias de la Antigüedad. Su labor docente comenzó en Burdeos, cuando Francia integraba a su sistema aquellas novedades que, procedentes de Alemania, fueron consideradas de utilidad. Para dar a su enseñanza un carácter no sólo erudito y teórico sino también práctico, Paris creó un museo arqueológico (compuesto principalmente a partir de yesos), al estilo del que Michaelis había fundado en Estrasburgo. El profesor realizó el catálogo, por fascículos, junto con sus estudiantes. Por otra parte, gracias a esta contribución de Reimond podemos conocer otras facetas de la trayectoria de Paris, quien dedicó también muchos años a la protohistoria ibérica. Tanto en una como en otra área mantuvo frecuentes y amables intercambios con colegas alemanes, aunque escamoteaba con ellos la información más reciente, para evitar una eventual apropiación de sus hallazgos. Al final, la Gran Guerra hizo inevitable un violento cambio de actitud.

El número X de *Classica Boliviana* incluye, por primera vez, una sección de reseñas. Es un avance que venía echándose de menos, y que ahora se cumple con tres aportes. En relación con dicha sección, solamente cabe indicar que el primero de los libros reseñados merecía, a pesar de haber sido publicado en 2006, una nueva visita, dado que el presente año está prevista una segunda edición.

Cabe señalar, por otro lado, que, como han podido caer en cuenta nuestros asiduos lectores, este número ha conocido un sustancial retraso en su

publicación, que hace que la versión papel y la versión en línea se publiquen esta vez simultáneamente. La grave agitación política en Bolivia de finales de 2019 y la posterior crisis sanitaria que nos ha asolado a todos, han sido las tristes razones de este retraso. Esperamos que el comprensivo lector sepa perdonar el rezago.

Agradecemos a todas aquellas personas que han hecho posible este número de *Classica Boliviana*. Ante todo, a los autores de los artículos y de las reseñas que lo integran, a los miembros del Comité Científico que dedicaron su saber y su tiempo para evaluar los trabajos y sugerir cambios. A los miembros que conforman nuestro Comité de Redacción, por su atenta búsqueda de adecuación de cada aspecto a las normas editoriales de la revista. A Felipe Ruiz (iVox) por la elaboración de la cubierta a partir de una excelente fotografía que nos facilitó Mirella Romero Recio, a quien también dirigimos nuestra gratitud. A Javier Quispe, a cargo del diagramado y de las sucesivas correcciones a lo largo de idas y venidas de diversas pruebas. A Jorge Paz Navajas, rector de la Universidad Nuestra Señora de La Paz, por el apoyo de dicha institución para la impresión del presente número.

Andrés Eichmann Oehrli
Tatiana Alvarado Teodorika